

Rev. E. Maljaars
Lectura: Marcos 5:25-43

Salterios:

Primero: 114:1-4

Segundo: 12:1-3

Tercero: 120:1-4

Cuarto: 188:1,3,4

Último: 77:1,2,5

Introducción.

Querida congregación, como oímos la última vez, el Señor Jesucristo comenzó Su ministerio público diciendo lo que podemos leer en Marcos 1:15: *“El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos y creed en el evangelio.”* Dios, en Su gracia libre y soberana, por el poder irresistible del Espíritu Santo, renueva a los pecadores totalmente depravados. El pecador espiritualmente muerto es hecho vivo y, por la gracia recibida, comienza a producir dos frutos. ¿Cuáles son esos frutos? El arrepentimiento y la fe. Como oímos la última vez, estas son dos gracias inseparables, como gemelos unidos, se pertenecen.

¿Puedo preguntártelo? ¿Te has arrepentido? ¿Eres arrepentido? ¿Estás arrepintiéndote? ¿Es esa tu vida? ¿Es verdadero? ¿Aún recuerdas lo que el Señor Jesús dijo? *“Os digo: No; antes si no os arrepintiereis, todos pereceréis asimismo”* (Lucas 13:3). El arrepentimiento es esencial, pero también lo es la fe. La fe en la Segunda Persona de la Trinidad, la verdadera fe salvadora en el único Salvador, en el Señor Jesucristo.

Leemos en Hebreos 11:6 que sin fe es imposible agradar a Dios. Y así podemos dividir esta congregación hoy en dos grupos. ¿Cuáles dos grupos? En conexión con la fe: hay incrédulos y creyentes, aquellos que verdaderamente creen y aquellos que no creen.

Y ahora, piensen en lo que la Palabra de Dios dice acerca de aquellos que tienen la verdadera fe salvadora: *“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”* (Romanos 8:1). No hay condenación. Pero aquellos que aún son incrédulos, que no creen en esa Segunda Persona, en Jesucristo, están bajo condenación ahora mismo. Y si no se arrepienten y huyen en fe a ese único Salvador, serán condenados eternamente. El Señor Jesucristo lo dijo en Juan 3:18: *“El que en él cree no es condenado; pero el que no cree ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios.”*

Por naturaleza, nuestros corazones están muertos. Sí, vivimos, sentimos diferentes sentimientos y emociones; sin embargo, nuestros corazones están muertos. Están totalmente muertos. No

hay arrepentimiento y no hay fe. Y eso es nuestra culpa. Sin embargo, como también nos afirman nuestras confesiones, por la gracia de Dios, los pecadores sí se arrepienten y sí creen. Dios obra en ellos, y ellos se arrepienten y creen.

Mi amigo, ¿eres tú un pecador arrepentido? Pero también, ¿crees en Jesucristo? ¿Qué es la fe? La fe es una preciosa gracia, un don de Dios. Leemos de esto en Efesios 2:8: *“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios”*.

La última vez escuchamos la importancia del arrepentimiento y un poco de lo que es en la vida de un pecador. Escuchamos también el mandato de que debemos arrepentirnos. Pero el mandato también es: “debes creer”. Eso también es un mandato: “Arrepiéntete y cree en el evangelio.” Son las palabras de Jesucristo.

¿Cómo se ve la fe? ¿Qué es la fe? ¿Cuál es la experiencia en el corazón de alguien que posee la verdadera fe salvadora? ¿Cómo se experimenta en el corazón de un pecador?

Escuchemos la Palabra de Dios. Escuchemos acerca de ese precioso Salvador. Y por medio de la Palabra de Dios, Dios obra fe también en los corazones de los pecadores. En esa misma Palabra, en Juan 6:37, leemos las palabras del Señor Jesucristo: *“Todo lo que el Padre me da vendrá a mí; y al que a mí viene, no lo echo fuera.”* El Señor es fiel también a esta promesa, y está dispuesto, es capaz, y tiene el poder de salvar a los pecadores. Esto se retrata de manera más hermosa en la historia de la mujer con el flujo de sangre que vino a Él. Él no la echó fuera, sino que la ayudó, la sanó y la salvó hasta lo más profundo de su ser. Lo oiremos hoy. Y esta historia de la mujer con el flujo de sangre es una ilustración hermosa de cómo el Espíritu Santo obra en el corazón de un pecador, vaciándolo de sí mismo y atrayéndolo a ese único Salvador para ser salvado completa y enteramente por Él solamente. Ella es una ilustración hermosa de esa verdadera y viva fe salvadora.

Y así, con la ayuda del Señor, consideraremos esta historia que encontramos en la Palabra de Dios, en Marcos 5, versículos 25 al 34. Pero solamente leeré el versículo 34.

Texto: Marcos 5:34

“Y él le dijo: Hija, tu fe te ha salvado; ve en paz, y queda sana de tu azote.”

Tema: La fe en Jesucristo salva

1. Una necesidad creada para Jesucristo
2. Atraída a Jesucristo
3. Sanada y consolada por Jesucristo

La fe en Jesucristo salva. Jesucristo, un Salvador exaltado y ascendido a la diestra de Dios, busca y salva a los pecadores. Él busca y salva a las ovejas que Su Padre le dio. Les da vida, vida eterna, y obra en ellas. Él obra en ellas esa gracia, y se arrepentirán y creerán. Las vacía de sí mismas y las atrae a Sí mismo para salvarlas. Él salva y consuela a los pecadores.

Y así tenemos tres pensamientos conectados a nuestro tema. En primer lugar, una necesidad creada para Jesucristo. Esto vemos en los versículos 25 y 26. Nuestro segundo pensamiento es: atraída a Jesucristo. Encontramos esto en los versículos 27 y 28. Y finalmente, sanada y consolada por Jesucristo. Leemos esto, por ejemplo, en el versículo 29 y también en nuestro texto, el versículo 34.

Primer pensamiento. Una necesidad creada para Jesucristo.

Congregación, niños y niñas, adultos, cada uno aquí tiene una necesidad para Jesucristo, sin excepción alguna. Todos ustedes necesitan a este Salvador, pero qué gran diferencia hay entre nosotros. Todos lo necesitamos, o si no, pereceremos. Pero, por naturaleza, no hay una necesidad. Lo necesitamos, pero no tenemos necesidad de Él. No lo buscamos. Nuestros corazones están cerrados a Él. No hay necesidad.

Pero, ¿cómo es con tu corazón? ¿Ha llegado una necesidad para un Salvador, para un Mediador, para ser reconciliado con Dios?

Bueno, leemos en el versículo 25: *“Y una mujer”*. ¿Quién es esta mujer? No tiene nombre; no leemos de uno. Pero es conocida. ¿Qué sabemos acerca de ella? ¿Qué leemos en el versículo 25? *“Que hacía doce años que estaba con flujo de sangre”*. Esta mujer está enferma. Tiene un flujo interno de sangre, un problema menstrual que dura ya doce años.

No sabemos cuántos años tenía. Pero antes de esto, estaba contenta. No estaba enferma. Disfrutaba la vida. Estaba disfrutando su vida en el mundo, sin ningún miedo por su cuerpo ni por su alma. Estaba sin necesidad alguna. Y habría seguido viviendo de esta manera.

Sin embargo, Dios puso una cruz en su vida para despertarla, para hacerla reflexionar, para traerla en sí. Le dio una enfermedad. Sí, Dios trajo esto a su vida en Su providencia. Él habla por Su Palabra, y también por Sus hechos de providencia.

Ella tiene un flujo de sangre. Cada día la sangre fluye de ella. ¿De qué habla la sangre, congregación? Habla de vida. Está perdiendo su vida cada día. Durante doce años, cada día se despertaba con esta enfermedad. Cada noche se acostaba con esta enfermedad. Dondequiera que fuera, no pudo escapar. Estaba enferma durante doce años largos. Piensen en sus grandes necesidades.

Además, leemos que ella fue a muchos médicos diferentes. Diríamos que fue a muchos especialistas distintos, y gastó todo su dinero sometiéndose a diferentes tratamientos y medicinas. Se dice que durante ese tiempo ella sufría gravemente por todos esos tratamientos con los cuales intentaban ayudarla. Pero nada ayudó. Más bien, le iba peor, como leemos en el versículo 26. Esta mujer, durante doce años, estuvo enferma, y se fue volviendo cada vez más delicada y débil. Nada mejoró. Año tras año se podía ver cómo esta mujer se iba marchitando lentamente. ¡Qué gran necesidad!

Imagina estar enferma durante doce años, visitando a muchos médicos diferentes, probando muchas cosas distintas, pero nada ayudaba; gastando todo tu dinero y sin mejorar, sino empeorando cada vez más. ¡Qué gran decepción para esta mujer! ¡Qué necesidad!

Pero esta mujer no solo sufrió físicamente. No, no se trata únicamente de su cuerpo. Sufrió no solo física y emocionalmente, sino también espiritualmente. Me preguntas: “¿Cómo? ¿Cómo lo sabes? ¿Es realmente cierto? ¿No estás añadiendo algo a la historia?” No, no estamos añadiendo nada. La consecuencia de su enfermedad era que estaba ceremonialmente inmunda (Levítico 15:25-26). ¿Qué significaba eso? Significaba que estaba separada de la sociedad. No podía estar con su familia. Todo lo que tocaba se volvía inmundo, y así se volvió muy solitaria, absolutamente solitaria y enferma, en una gran necesidad.

Pero había algo más aún. Esta enfermedad la separó del servicio de Dios. No pudo venir a la iglesia, como diríamos hoy. No pudo congregarse con la multitud para oír la Palabra de Dios. No pudo subir al templo para ver los sacrificios, para ponerse en el atrio del templo y poder contemplar esa sangre que apuntaba a la preciosa sangre del Cordero de Dios. Fue exiliada del templo, del lugar de adoración. Fue separada de Dios. Ella sentía esa enfermedad. No era solo una consecuencia para su cuerpo, sino que también causó una gran necesidad en su alma, una necesidad que nunca moriría.

¿Por qué Dios dio tal ley a Su pueblo? Ellos no pueden evitar estar enfermos. ¿Por qué dio Dios una ley que dice que, si no eres puro, si estás inmundo, no puedes entrar al templo para adorar? Dios está predicando a ellos y también a nosotros mientras consideramos esta historia. Él está predicando. ¿Qué nos está diciendo? Nos dice: “Yo soy infinitamente santo, y nada inmundo puede entrar en Mi presencia. Debes ser puro. No puedes acercarte a Mí como un pecador inmundo. Soy santo y justo”. Dios está predicando. Hoy está predicando a ustedes y a mí: “Debes ser puro. Debes ser limpio. Debes ser perfectamente limpio. No puedo tener comunión con alguien inmundo”.

Mi amigo, ¿se ha vuelto una realidad para ti que eres tal inmundo espiritual, que eres un pecador totalmente inmundo, y que toda tu justicia es como trapos de inmundicia? Leemos en Isaías

64:6: *“Pues todos nosotros somos como suciedad”*. ¿Te has vuelto sucio? No, no estoy preguntando si tienes alguna enfermedad en tu cuerpo. Estoy preguntando si estás espiritualmente sucio. ¿Ves que el pecado causa una separación entre ti y ese Dios bondadoso y santo? ¿Se ha convertido esto en tu necesidad?

Eso también fue parte de la gran necesidad de esta mujer. Durante doce años tuvo esta enfermedad, y durante esos doce años no pudo ir a la iglesia para adorar con la multitud, y solo le iba peor. No mejoró.

¿Es ella una ilustración de ti, mi amigo? ¿Es ella una imagen de tu vida? ¿Que tu vida es inmunda? ¿Que tienes una enfermedad en tu alma, que estás enfermo con el pecado, impuro, inmundo, sucio y corrupto? Ella fue separada, lo que sentía especialmente en su alma y por eso quería ser sanada.

¿Es tu enfermedad de pecado tu gran necesidad? ¿Se ha vuelto una enfermedad incurable en tu vida? ¿Sientes esta separación con Dios a causa de tu pecado? ¿Sientes que, debido a tu inmundicia, Dios no te puede mirar con favor?

Esta mujer intentó todo. Gastó todo su dinero. Así también los pecadores, cuando son despertados, intentan hacer todo para mejorarse, para limpiarse, para que Dios los mire con favor. ¿Es esta tu condición actual? ¿Estás intentando mejorarte y alcanzar el favor de Dios? ¿Estás intentando hacerte perfecto en guardar la ley? ¿Estás intentando orar más, con más fervor y amor? ¿Intentando esto y aquello? Todo, para merecer el favor de Dios. ¡Oh, que solo esta separación entre Dios y mi alma sea quitada!

¿Y estás experimentando que no te va mejor, sino peor? ¡Me va cada vez peor! ¡Veo más pecado y más inmundicia! ¡No está mejorando en absoluto! ¿Es ese tu corazón? ¿Es esa tu vida? ¡Soy inmundo! ¡Estoy intentando limpiarme! ¡He gastado todo lo que tengo! ¡Estoy empleando todos mis esfuerzos, pero sigo siendo inmundo!

Los hipócritas comienzan a sentirse mejor, pero esos pobres mendigos, esos recipientes de gracia, no se sienten mejores. Más bien, se sienten peores. Esta mujer había gastado todo su dinero. Estaba en bancarrota. Puedo preguntarte: ¿Estás en bancarrota espiritualmente? ¿Están completamente vacíos tus bolsillos? ¿No tienes nada que presentar ante el Señor? Eres un pecador en bancarrota, sin nada, y aún estás separado, aún estás perdido, aún estás inmundo. Así fue con esta mujer: se había vuelto imposible, de su lado, ser salva de esto. ¿Se ha vuelto imposible para ti? ¿Estás al borde de la desesperación? ¡He intentado durante tantos años! He llorado, he mendigado, he trabajado, sí, incluso hasta la muerte.

¿Por qué el Señor permite que esto suceda? Porque este es el camino por el cual Él hace espacio para Otro. Dios lleva a los pecadores a ese lugar de absoluta imposibilidad de su lado. ¿Por qué? Porque de esta manera Él crea espacio en el corazón para una sola Persona: para el Gran Médico, para el Médico de las almas, el Señor Jesucristo, y solamente Él. El Señor Jesús dijo: *“Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos”* (Mateo 9:12).

¿Eres tú tal enfermo? Esta mujer lo era. Estaba en bancarrota y en desesperación. Solo le iba peor. El Señor lleva a ese punto de desesperarse de cualquier cosa en uno mismo. Él enseña primero acerca de nuestras necesidades. ¿Hay esperanza para esta mujer? ¿Pueden estos pecadores, tan inmundos y con absolutamente nada, ser salvos? ¿Pueden ser limpiados y sanados? Sí.

Nuestro segundo pensamiento. Atraída a Jesucristo.

Jesucristo dice: *“Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no lo trajere”* (Juan 6:44). ¡Qué declaración! Dios el Padre lleva a los pecadores a un fin en sí mismos y los trae a su amado Hijo, el Señor Jesucristo.

¿Qué es la fe? Escuchen lo que dice Juan Calvino: *“La fe lleva a un hombre vaciado a Dios para que sea llenado con las bendiciones de Dios”*. Y eso es lo que vemos retratado en la vida de esta mujer. Esta mujer con el flujo de sangre llegó a un callejón sin salida, sin esperanza alguna de ser sanada; nada de sus propias obras, nada de ella misma, en bancarrota, perdida e inmunda.

¿Ha llegado a un callejón sin salida, mi amigo? ¿Un callejón sin salida en todo lo que hay en usted mismo, en sus obras y en todo lo que puede hacer? El Espíritu Santo convence de pecado y enseña la imposibilidad de salvación por medio de cualquier cosa del hombre. No hay obra ni experiencia que pueda ayudar; todo se vuelve una imposibilidad. ¿Cuál es el propósito? Para hacer espacio en el corazón.

Mi amigo, ¿te está yendo cada vez peor? ¿Te está volviendo cada vez más imposible? Esto es bueno, porque no podemos hallar la salvación o la vida en nosotros mismos. Debe ser cien por ciento de otro y nada de uno mismo. El propósito es para hacer espacio para este santo Salvador Jesucristo.

¿A cuántos médicos fue esta mujer? ¿Cuánto dinero gastó? No lo sabemos. Pero estoy seguro de que, cuando tenía esta enfermedad y oía que en tal ciudad había un doctor con otro tratamiento, juntaba algo de dinero y acudía a él, esperando lo mejor. ¿Cuántas veces lo habría hecho? ¿Cuántas veces durante estos doce años? Pero todo llegó a un fin. Cada vez le iba peor. ¡Qué decepción! Estoy seguro de que habría estado al borde de la desesperación. Sin esperanza.

Puedo preguntarles: ¿Quién necesita esta mujer? ¿Qué necesitan estos pecadores? Ellos necesitan al Gran Médico, al precioso Salvador Jesucristo. Lo necesitan a Él. Deben ser traídos a Él para ser salvos por Él. ¿Cómo? ¿Cómo llegarán a Él?

Por lo que sabemos, nadie le había contado a esta mujer aún acerca del Señor Jesucristo, el Gran Médico, el único que podía sanar a tales pecadores. Pero leemos en esta historia que algún día ella oyó hablar de Jesús (versículo 27). ¿Cómo lo oyó? No lo sabemos. Quizá oyó que era alguien que sanaba toda clase de enfermedades. ¿Oyó ella que era el único Mesías, el prometido? ¿Oyó acerca de lo que testificó Juan el Bautista, quien apuntó a Él en Juan 1:29 como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo? ¿Oyó acerca del Señor Jesús y cómo Él había librado a aquellos que eran poseídos por el poder de los demonios? ¿Oyó acerca de ese hombre paralítico que fue sanado y a quien Jesús le dijo que sus pecados le habían sido perdonados?

Quizá sí, probablemente sí; no lo sabemos. Pero una cosa es absolutamente cierta: lo que ella oyó acerca de Jesús resultó en fe en su corazón, una fe en Otro. Comenzó a tener esperanza por primera vez, una verdadera esperanza en Otro, no en ella misma ni en alguna de sus obras, sino en Otro. Ella oyó hablar de Jesús, el Gran Médico.

Ella oyó, y por el oír, el Espíritu Santo bendijo la Palabra con poder en su corazón para obrar fe en Aquel de quien oyó. Como resultado, no se quedó más en casa en desesperanza; no pudo hacerlo. A pesar de su impureza e inmundicia, no pudo permanecer en casa. Había sufrido tanto y tantas decepciones, pero todo eso quedó a un lado. Ella oyó, y ese oír obró fe en su corazón. Oyó hablar de Jesucristo, y la fe en Él fue obrada en ella. Eso causó una acción en su alma y en su vida. Fue atraída a Él por lo que había oído acerca de Él, atraída con cuerdas de amor al único Salvador, al Salvador de los pecadores enfermos, impuros, perdidos, culpables y condenados. Ella oyó hablar de Jesús.

Mis amigos, congregación, ¿por qué necesitan oír acerca de Jesucristo? Deben oír de Él. Debe ser proclamado quién es Él para los pecadores miserables. ¿Por qué? Para que puedan conocerlo, para que puedan creer en lo que oyen de la Palabra de Dios. La Palabra de Dios es el medio que Dios utiliza para obrar la fe. Leemos de ello en Romanos 10:17: *“Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.”*

Esto incluye una lección para todos nosotros: debemos testificar de lo que sabemos acerca de este Salvador a los demás. Puede ser incluso una palabra tan sencilla, pero es necesario para que otros oigan acerca de Él y para que puedan ser también atraídos a Él, para que reciban una bendición para sus almas y para la gloria del Salvador.

Ella oyó hablar de Jesús y fue atraída a Él. Tiene la verdadera fe salvadora. ¿Cuál es la evidencia de una verdadera fe salvadora? La fe salvadora siempre causa acción. Sí, en la fe salvadora hay

movimiento. Esta mujer tenía una gran necesidad y, a pesar de todas sus imposibilidades, con su gran necesidad, ella oyó hablar de Jesús, y el oír causó fe, y la fe causó una acción en su vida.

¿Cuál acción? Ella huyó a Él. Ella vino a Él. Fue traída a Él. Lo buscó. Se acercó a Él para refugiarse en Él. Vino al Señor Jesús y tocó el borde de Su vestido (versículo 27). ¿Por qué fue al Señor Jesús? ¿Por qué tocó el borde de Su vestido? ¿Por qué?

Esta mujer era tímida. Era inmunda, por lo tanto, indigna de conocerlo y hablar con Él. Se sentía tan inmunda e indigna de acercarse a Él. Ella dijo: “Si tan solo tocara el borde de Su manto...” Era tímida, inmunda y tan indigna. ¿Entiendes esto? ¿Es tu caso? Pero hay algo más importante aún.

Ella era ceremonialmente inmunda, y sabía en su mente que si tocara al Señor Jesucristo mismo, lo haría inmundo a Él. Y sin embargo, necesitaba conectarse con Él, porque sabía que solamente al estar conectada con Él, de quien había oído hablar, podía ser salva. Por eso, debía tener contacto con Él. No se atrevía a tocarlo directamente y así hacerlo inmundo también. Por eso fue por detrás, y pensaba: “Si tan solo tocara el borde, si tan solo pudiera conectarme con Él, seré sanada.” Tenía que estar unida a ese Salvador. Así que avanzó y atravesó toda la multitud para tocar el borde de Su manto.

Pero hay otra razón. ¿Cuál es? Su fe, su gran fe en Aquel, en Aquel que necesitaba, en Aquel de quien había oído hablar. Tenía una fe tan grande en el Salvador, en Jesucristo, que estaba segura de que si tan solo tocaba Su manto, sería completamente sanada. Por eso fue por detrás y tocó el borde de Su manto.

Podemos leer la confesión de su fe en el versículo 28: *“Si tocare tan sólo sus vestidos, seré salva.”* No solo sanada físicamente, sino salva en todo su ser. Ella anhelaba eso y sabía que solo en Él podía encontrarlo. Nada más podía ayudarla.

Que lo oigas bien, pobre pecador. Él, sí, Él es el único. Tú lo necesitas. Y que esta mano temblorosa se extienda hoy, no físicamente, sino por fe, para tocar solo el borde de Su vestido. Y serás sanado, serás salvo.

¡Qué confesión tan profunda de fe! Imaginen a esta mujer, débil tal vez, pero aún así emprendiendo el camino. No sabemos cuán lejos tuvo que viajar, y quizás una pequeña voz interior le susurraba: “Mujer, ¿qué haces? No puedes ir. Conoces la ley. Serás transgresora. Debes quedarte en casa. Contaminarás a toda esa gente. Quédate en casa.” Pero ella tenía que ir. No le quedaba otra opción.

¿Lo entiendes? ¿Conoces esa necesidad? Tienes que ir. Debes extender la mano. No tienes otra opción que extenderla y tocar. Y quizás también escuchas una pequeña voz que te acusa: “Joven,

eres demasiado pecador. Has pecado demasiado. Has sido fariseo toda tu vida. ¿Crees que Él te aceptará ahora? Ya es demasiado tarde. Eres demasiado impío en tu autojusticia. Has vivido toda tu vida en pecado. ¿Piensas que serás salvo?" ¡Ah, esa voz de Satanás que tanto quiere hablar y acusar!

Pero él es un mentiroso. Él miente, porque leemos en la Palabra de Dios acerca de aquel de quien ella oyó hablar: *"Este a los pecadores recibe"* (Lucas 15:2). ¡Qué hermosa noticia! Este es el evangelio. Él recibe a los pecadores. Él recibe a los pecadores inmundos, a aquellos para quienes es imposible salvarse, a los pecadores absolutamente perdidos. Y Él mismo lo prometió: *"Y al que a mí viene, no lo echo fuera"* (Juan 6:37).

Y así sucedió que esta mujer inmunda tenía una necesidad tan grande que ya no pudo quedarse en casa. Tenía que irse. Sabía que quedarse en casa implicaba una muerte segura. Y así es como sucede en el alma de un pecador: en medio de todas las imposibilidades, con toda su culpa, su clamor se vuelve un grito desesperado: "¡Dame a Jesús, si no, muero!"

¿Lo entiendes? Lo necesitas. A Él, y a nadie más. Debo tenerlo. ¡Ah, que Él me mire con Su favor, que hable a mi alma, que me salve! Porque sin Él, ciertamente pereceré. Por la fe, ella ve que el Señor Jesús es su única esperanza. Su gran necesidad la impulsa, pero su fe en Jesús la atrae a Él. Necesitamos ambos: necesitamos esa ley que nos empuja hacia Él, mostrándonos nuestra gran necesidad, y necesitamos también esas cuerdas de amor que Él mismo usa para atraernos. Mi amigo, ¿sientes tú algo parecido? ¿Conoces esos mismos sentimientos y esas mismas experiencias?

Esta mujer tenía fe en el Señor Jesucristo. Pero quizá digas: "¡Pero mi fe es tan débil e imperfecta! ¡Está mezclada con tanto temor!" Esta mujer te entiende; sí, ella entiende. También siente temor. Vino temblando. Podemos leerlo en el capítulo. ¿Por qué? ¿Por qué? Porque cualquier incidente público resultaría en que ella fuera expuesta en su inmundicia y expulsada de allí antes de poder tocar al precioso Salvador, el borde de Su manto, y así ser salva. Tiene miedo. Esta mujer tiene una gran fe, pero está mezclada con miedo.

Ella se acercó a Jesús pobre y temblando, débil y, sin embargo, confiando. Quizá tú pienses que solo puedes o necesitas venir a Jesús cuando tengas una fe perfecta. ¿Es eso cierto? ¡No! ¡En absoluto! O que solo puedes venir a Él con un perfecto amor. ¿Es cierto? ¡No! O que necesitas un arrepentimiento perfecto. Un perfecto esto, o un perfecto aquello.

¿A quiénes vino el Señor Jesús para buscar y salvar? ¿A los justos? ¿A los que tenían una fe perfecta, una justicia perfecta, oraciones perfectas y un arrepentimiento perfecto? No. ¿Por qué entonces, quién de nosotros jamás podría venir? ¿Quién lo tiene en perfección? Tenemos la esencia verdadera en el corazón, pero no la perfección. Congregación, podemos venir tal como

somos, con nuestros trapos de suciedad, con nuestra culpa, con nuestra corrupción, con todas nuestras imposibilidades, con una fe imperfecta, con amor imperfecto y con oraciones imperfectas.

Podemos venir a Él confiando y extendiéndonos hacia Él en medio de nuestro temor, no obstante confiando en Él. Puedes huir a Él, pecador. Sí, según la Palabra de Dios, puedes huir a Él. Sus brazos están abiertos para recibir a todos aquellos que, temblando y con temor, inmundos, sin embargo, están confiando en Él y en Él solamente. Puedes echar tu carga ante Sus pies, mirando hacia Él, confiando en Él para que sea el único que te pueda ayudar.

Imaginen a esta mujer acercándose, cada vez más cerca, pasando por la multitud, y allí está, directamente detrás de Aquel de quien oyó hablar: el Señor Jesucristo. Y pueden ver su mano extendiéndose, y ella toca el borde de Su manto. ¿La dejará avergonzada su fe? ¿Será salva? ¿Será sanada? ¿Qué pasará? ¿Serán echados fuera aquellos pecadores en bancarrota que, habiendo sido atraídos a Él, se acercan con todas sus grandes necesidades? ¿Qué sucederá? Bueno, consideraremos esto en nuestro último pensamiento.

Primeramente, cantaremos del Salterio 188, las estrofas 1, 3 y 4.

Tercer pensamiento. Sanada y consolada por Jesucristo.

La fe en Jesucristo salva. Nuestro primer pensamiento: una necesidad creada para Jesucristo. Nuestro segundo pensamiento: atraída a Jesucristo. Y ahora, el último pensamiento: sanada y consolada por Jesucristo.

Esta mujer con el flujo de sangre tocó el borde del vestido de Jesús. ¿Y qué pasó inmediatamente? *“Y al instante la fuente de su sangre se secó, y sintió en el cuerpo que estaba sana de aquel azote”* (versículo 29).

Esta mujer siente inmediatamente que ha sido sanada. ¡Qué gozo debería haber llenado su corazón después de estos doce años con todas sus imposibilidades! ¿Necesitó tomar algún medicamento? No. ¿Qué tuvo que hacer? ¿Cuál fue su única acción? Ella tocó el borde del vestido de Jesús. ¿Qué significa esa acción? ¿Es una obra? ¿Qué significa? Esta historia es una hermosa y excelente ilustración de la verdadera fe salvadora.

¿Cómo es salvo un pecador? ¿Cómo es sanado de la plaga de su corazón? ¿Cómo recibe salvación? ¿Cómo recibe un pecador el perdón de pecados y todas esas bendiciones necesarias para su alma que está pereciendo? ¿Cómo es justificado? Por la fe. *“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”* (Romanos 5:1).

El toque de esta mujer la conectó con ese rico y gran Salvador, Jesucristo. Fue un acto de fe. Fue un acto en el que se rindió a todo otro camino y pensamiento. Fue simplemente confiar en Aquel de quien había oído hablar. Ella había sido vaciada de sí misma para ser llenada de las bendiciones de Dios por medio de Jesucristo, el único Salvador. La fe, ese precioso don de Dios, conecta al pecador que perece, que es corrupto, inmundo e indigno, con el rico Salvador Jesucristo, y así ella fue sanada inmediatamente.

Congregación, en el instante en que un pecador pone su confianza en ese Salvador Jesucristo, es salvo. La fe genuina puede ser débil, puede ser temblante. Pueden tener mucho miedo. Pero en el instante en que ellos, por decirlo así, extienden sus manos para tocar el borde de Su manto, de Aquel de quien habían oído hablar, de Aquel a quien habían sido atraídos, son salvos. Esta mujer tocó el borde del vestido de Jesucristo, y fue sanada inmediatamente por Jesucristo.

Su fe no estaba puesta en su toque; su fe estaba en Él. Su fe ni siquiera estaba en su fe; su fe estaba en Él y en Él solamente, en Aquel que tenía el poder, la habilidad y la disposición para sanar. Su toque la conectó por la fe con Aquel que necesitaba. Un pecador no es justificado por su fe en sí mismo; su fe conecta con ese Salvador Jesucristo. Un simple toque, una simple mirada es lo único que se requiere. Sí, un simple toque, una simple mirada, un acto de fe, mirando fuera de uno mismo a Él, y son salvos.

Ninguna obra en absoluto entra en consideración aquí, sino solamente creer en la Palabra de Dios y en lo que dice acerca del Hijo de Dios y quién es Él para los pecadores que perecen. Romanos 3:26: *“Para demostrar su justicia en este tiempo, a fin de que él sea el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús.”*

Esta mujer tenía fe, y esta fe la llevó al Señor Jesucristo. Ella se refugió en el Señor Jesucristo, lo cual es esencial para la salvación.

Ahora, si caminaras al lado de esta mujer y le preguntaras: “Señora, ¿tienes fe?” ¿Qué crees que respondería? “Oh, sí, tengo fe.” No, no lo creo. ¿Qué piensas tú? Yo creo que su respuesta sería: “Soy inmundada. Estoy pereciendo. Soy culpable. No sé si tengo fe o no, pero he oído hablar de alguien llamado Jesús. Lo necesito. Estoy yendo a Él. Si quieres llamar eso fe, entonces la tengo. No lo sé, pero lo necesito. Él es mi única esperanza.”

Mis amigos, eso es fe. Ella está confiando en ese único Salvador. Mi amigo, ¿tienes tú esa fe? La fe no es saber que Él es mi Salvador; la fe es creer en el testimonio de la Palabra de Dios, en lo que Dios el Padre declara acerca de Su Hijo, Jesucristo, para pecadores indignos, malvados, merecedores del infierno, culpables, que perecen, y para quienes es imposible salvarse a sí mismos.

Esta mujer vino por la gracia de Dios. Ella vino, siendo atraída, y se acercó a Él. Tomó refugio en Él, confiando únicamente en Él para ser sanada. Y su fe no fue avergonzada. Romanos 9:33 *“y todo aquel que crea en él no será avergonzado.”*

Mi amigo, tú, para quien todo solo empeora, para quien todo se está volviendo imposible. Quizá hayas mendigado, llorado, suspirado, intentando tener alguna clase de fe perfecta, pero todo parece imposible. ¡Él es el mismo hoy! Oh, que tan solo fueras atraído a Él por el oír de la Palabra, al conocer quién es Él, y que seas traído a Él, y que la fe se extienda hacia Él. Él sabe. Él sabe de ti. Él sabe, como también sabía de esta mujer. Él sabe y llama: *“Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”* (versículo 28). Hay descanso solamente en Él, y en Él solamente.

Quizá esta mujer quería volver en silencio a casa, simplemente pasar por la multitud y desaparecer. Pero el Señor Jesucristo sintió que poder había salido de Él. Y así leemos en el versículo 30: *“E inmediatamente Jesús, conociendo en sí mismo el poder que había salido de él, volviéndose a la multitud, dijo: ¿Quién ha tocado mis vestidos?”*

El Señor sabe lo que ha pasado. Él vio a esta mujer. Ya había visto a esta mujer durante tantos años, intentando todo remedio, siempre quedando decepcionada. Él la vio tal como era: una pecadora en bancarrota. La vio así, trajo esa Palabra a ella y la atrajo hacia Sí mismo. La vio venir. Vio la mano extendiéndose, temblando quizá, y tocando el borde de Su manto. Él sabe todo acerca de ella.

Él sabe todo acerca de ti también, pobre, miserable, perdido y tembloroso pecador. Ella no tenía nada que traer. ¿Es esa tu situación también? Ese es un buen lugar para estar: en bancarrota. Nada que ofrecer, pero atraído a Él y confiando en Él. Así vino ella, y fue sanada. Y así, cualquiera que viene confiando en Él, extendiéndose hacia Él, será salvo.

Martín Lutero dijo: “Cuando me miro a mí mismo, no veo cómo puedo ser salvo”. ¿Es ese tu caso, mirando hacia adentro? ¡Cómo podría ser salvo jamás! ¡Hay tanto pecado, tanta maldad y tanta rebelión! Pero luego Lutero continúa: “Pero cuando miro hacia Jesucristo, no veo cómo puedo ser perdido”. La fe había sido plantada en el corazón de Lutero para conocerse a sí mismo, pero también para conocer a ese precioso Salvador, Jesucristo.

¿Qué le costó a esta mujer? ¡Nada! Nada en absoluto. Ella no tenía nada con qué pagar. Ya lo había gastado todo. ¿Pero qué le costó a Jesucristo sanarla? Le costó todo. ¿Qué le costó? Tuvo que salir de la gloria que compartía con Su Padre. Vino a esta tierra. Tuvo que venir en la carne. Tuvo que humillarse tan profundamente, hasta tal nivel que pudiera descender por debajo y levantar a tales pecadores pobres e indefensos. Le costó Su vida. Ella tenía un flujo de sangre persistente, pero esa sangre jamás podría salvarla; solo causaría su muerte. Pero Él se dio como

una fuente de sangre para limpiar a los pecadores, para hacerlos sanos. Y esa fuente, congregación, esa fuente aún está abierta para los más viles de los pecadores.

Esta mujer no pudo regresar a casa. Ella tuvo que hablar. El Señor Jesús preguntó: “¿Quién me tocó?” Niños, ¿acaso no sabía Jesús? Sí, Él lo sabía. Pero entonces, ¿por qué preguntó? Abran sus Biblias en Lucas 8. Él sabía quién lo había tocado, pero quería manifestar a esta mujer, quería que ella viniera, que hablara acerca de Él, para que otros pudieran oír y tener la misma esperanza en Él, que ella confesara para Su gloria y para que recibiera consuelo.

Así leemos en Lucas 8:45 que todos lo negaron ante la pregunta de Jesús. Podemos imaginar al Señor Jesús preguntando: “¿Quién es el que me ha tocado?” Todos se miran unos a otros. ¿Lo tocaste tú? ¿Tú? No, no fui yo. ¿Tú lo has tocado? Entonces los discípulos quedan perplejos, y leemos en el versículo 45: *“Maestro, la multitud te aprieta y oprime, y dices: ¿Quién es el que me ha tocado?”* Y el Señor respondió en el siguiente versículo: *“Alguien me ha tocado, porque yo sé que ha salido poder de mí”*.

Ahora volvemos a Marcos 5. Al decir esto, Él mira alrededor y sus ojos se fijan en esta mujer. Sus ojos se encuentran, y ella lo sabe: “Él lo sabe; sabe que era yo.” Ahora ya no puede esconderlo más. Ella sabe, como leemos en el versículo 32, que Él *“miraba alrededor para ver a la que había hecho esto.”* Y ahora no puede callarse más. Ella viene. *“Entonces la mujer, temiendo y temblando, sabiendo lo que en ella había sido hecho, vino y se postró delante de él, y le dijo toda la verdad”* (versículo 33). Ella vino y se postró, adorándolo. Vino a Él en el polvo, mirando hacia Él y adorándolo. Ella sabía lo que había hecho. Lo había experimentado. Y ahora no lo pudo negar. Tenía que hablar. Le contó toda la verdad.

Quizá todos lo oyeron de su propia boca: “Señor, fui yo. Yo Te he tocado. Señor, tuve un flujo de sangre durante doce años. He intentado todo para mejorarme, pero nada ayudó; me iba peor. Pero entonces oí hablar de Ti, y vine así, creyendo que Tú pudieras sanarme. Señor, yo Te toqué. Fui yo. Y Tú me has sanado. Lo puedo sentir dentro de mí. Estoy sana.”

¡Véanla ante Sus pies! ¿Cómo responderá el Señor Jesús? ¿La reprochará por haber quebrantado la ley ceremonial? No, en absoluto. ¿Cómo responderá? Él dice en el versículo 34: *“Hija”*. La primera palabra que sale de esos preciosos labios del Señor Jesucristo a esta mujer es “hija”. ¿Eres tú una hija? Eso implica que tienes un Padre. Ella oye que es una hija, y eso significa que tiene un Padre. Él está diciendo: “Mujer, hija, no temas. Perteneces a una familia. Hija, eres parte de una familia. Dios es el Padre de esos pobres pecadores, y yo soy el Salvador de tales. Hija, no temas.”

Ella recibe palabras de consuelo. Él la consuela; la sana y la consuela. *“Hija, tu fe te ha salvado; ve en paz, y queda sana de tu azote”* (versículo 34). Y recuerden su confesión en el versículo 28:

“Si tocare tan sólo sus vestidos, seré salva”. Ahora el Señor usa dos palabras: *“Tu fe te ha salvado... queda sana”.* Ella es sanada y salva. ¿Lo ven? Esa no es solo una fe en milagros; es una verdadera fe salvadora.

Ella quería ser sanada, y también quería ser salva. Quería que todas estas terribles consecuencias del pecado le fueran quitadas para que pudiera probar otra vez la dulce comunión con el Señor. Había oído de Él, y sabía que Él era el único que podía sanarla y salvarla.

Ahora Jesús le habla, lo cual le da consuelo en su alma y seguridad de su salvación. Ella tenía la esencia de la fe cuando se refugió en Jesucristo, y ahora recibe otra bendición: Él habla a su alma: *“Hija, tu fe te ha salvado. Hija, eres salva. Eres sanada. Te he sanado y salvado hasta tu ser mismo. Eres salva. Puedes irte ahora en paz.”* Paz. Dios trae paz. Jesús trae paz a un alma que nunca la había experimentado antes, una paz que sobrepasa todo entendimiento.

Búsquenla, congregación. Búsquenla, pecadores. En Él —ustedes que son inmundos, miserables, cuyo caso es imposible— hay paz. Pueden ir temblando. Pueden ir con todas sus insuficiencias, mientras confían en Él. Que el Señor obre la fe por medio de la predicación del evangelio aquí, para la salvación de los pecadores.

Ella tenía una necesidad creada por el Señor mismo. Fue atraída a Jesús por el Señor, y fue sanada y consolada por Él. Y así llegamos al fin.

“Al que a mí viene, no lo echo fuera”. Congregación, hay tanto espacio ante los pies de este gran Salvador para los pecadores inmundos, para quienes es imposible ser salvos. Busquen a Él en Su Palabra, leyendo el evangelio, leyendo la historia de Jesucristo, y rogando al Señor que revele a Su Hijo por medio de Su Palabra, y que por la Palabra Él obre fe en Él, para que sean vaciados de todo lo que es de ustedes mismos y llenados con las bendiciones de Él. Amén.

Último Salterio 77:1,2,5